DE REBUS HISPANIÆ

EJEMPLAR Nº 5

Burgos, calle de Valladolid, 4 (España)

DE REBUS HISPANIÆ

BOLETIN DE INFORMACION CATOLICA INTERNACIONAL

(PARA USO EXCLUSIVO DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS)

Número 5. - *Burgos 1 de Agosto de 1938.* - *III Año Triunfal.*

SUMARIO

Los protegidos por Maritain y Compañía. ANTONIO CARRIÓN.—**Ascética de las leyes.** A DE CASTRO ALBARRÁN.—**El clero español y la guerra.** TEODORO RODRÍGUEZ.—**De la vida espiritual en Madrid, de noche y entre obuses.** JOSÉ ARTERO.—**El saneamiento de la cultura española.** C. BAYLE.—**Apologista de la España Nacional.** A. CARRIÓN. **Documentos: Lo que siente de la España Nacional el Encargado de Negocios de la S. S.—Capellanes en el frente.**

Los protegidos por Maritain y compañía

«El Consejo ha tenido conocimiento del gran crimen cometido por los rojos, que han fusilado a un grupo de presos nuestros, después de haber dado el Gobierno rojo su conformidad al canje de los mismos por un número igual de presos suyos en nuestras cárceles», declaró el Ministro del Interior al dar cuenta de lo tratado en el Consejo del 5 de julio pasado.

Los delegados de la Cruz Roja, sección de Burgos, asistentes a la XVI Conferencia internacional de Cruces Rojas en Londres, propusieron al señor Max Huber tener una conferencia con los delegados de Madrid y en ella tratar sobre el canje de prisioneros en ambas zonas. Contestó el delegado madrileño que había de pedir instrucciones a su Gobierno, y, llegada la hora de conferenciar, y visto el silencio de los rojos, se llamó por teléfono a la fonda en que se hospedaban, recibiendo la contestación de que se habían marchado. ¿A qué tantas prisas y tal silencio? ¿Sería porque el día 24 de junio fueron asesinados en Barcelona los diez detenidos nuestros propuestos para el canje?...

Así obra o permite obrar «el Gobierno de la República española», el cual, por lo visto, sigue sin dominio eficiente ni poder represivo sobre los presidiarios y presidiables «gubernamentales», con instintos desreglados, como ni entre fieras se ha visto ni verá.

Días antes de tamaña fechoría la Prensa al servicio de los rojos españoles levantó ensordecedor clamoreo por la muerte de Carrasco Formiguera, ejecutado a principios del año en curso en virtud de sentencia firme caída sobre sus maquinaciones contra la Causa Nacional y sus dirigentes. El Gobierno de Franco propuso, y aceptó el de Negrín, canjear a Carrasco Formiguera por un preso de los nuestros. Iba ya el ex diputado a salir camino de la frontera y se entera el Gobierno del General Franco de que habían fusilado en Barcelona cinco de los nuestros —entre ellos una señora— prepa-

rados para el canje, y natural y justamente siguió su curso la sentencia: Carrasco Formiguera murió, gustoso lo consigno, como buen católico, mas gritando ¡Viva Cataluña libre!, con lo que vino a confirmar que la sentencia estaba bien fundada en derecho.

A los bienhallados con los propósitos pacifistas de Maritain y compañeros les brindo estos datos, que lucen y se gallardean con los distintivos de la *verdad objetiva*. El Gobierno de Franco pide al rojo canjear personas decentes, limpias de sangre y pavesas, ojeadas tenazmente por su catolicismo, españolismo, valores culturales y luciente historia militar, social y política. Una sola tacha les ponen: no son masones, ni comunistoides, ni hebreófilos. Por ellas ofrece prisioneros de guerra y detenidos por ideas subversivas y delitos comunes: robos, saqueos, asesinatos, violaciones, voladuras con dinamita, etc., etc.

Aleja el riesgo de selecciones interesadas y por clases poniendo en las manos de la Cruz Roja Internacional listas formadas al tenor de «canjes colectivos», sin limitar el número ni tasar el tiempo de entrega. Los rojos primera y principalmente reclaman los familiares y paniaguados de sus dirigentes: los hijos de Miajas y Largo Caballero, el padre de Negrín, la esposa de Osorio Tafall, el hermano de Irujo, las barraganas de Cordero y Ayguadé... En la estima de quienes dirigen la «República de trabajadores» van en cola los obreros alistados en el ejército de pueblo, no del pueblo.

Lugares en que residen los canjeables, su entrega inmediata y sus procesos, alarga el Gobierno Nacional a la Cruz Roja Internacional. El Gobierno «gubernamental» no presenta ningún proceso, y para dar con las personas que se le piden, los agentes de Franco han de facilitar las indicaciones pertinentes y hasta las fichas carcelarias.

¿Exageración? ¿Cuento? Conquistado Bilbao, se propuso el canje de 200 combatientes apresados, figurando en la lista jefes, oficiales, comisarios políticos y dirigentes separatistas. El número se ampliaría cuanto quisiesen los rojos. Aceptada la oferta por el Comité de Barcelona, tras rebuscar y revolver por los ficheros de cárceles y checas rojas, sólo aparecieron CUARENTA Y UNO de los reclamados, y a esos se concretó el canje.

Aún hay más. Velando por la imparcialidad y certeza en los casos dudosos, se convino en que en los preliminares del canje actuara sir Philip Cheturosi, representante británico. Pues bien; a principios de junio último Mr. Butler, secretario del Foreing Office, denunció al Parlamento que el Gobierno de Barcelona había rechazado el nombramiento del árbitro designado por el Gobierno inglés y que antes le había parecido bien.

Vengan acá todos los demócratas, que tienen algo dentro de la cabeza, y díganme: ¿cabe suscribir pactos firmes, firmar transacciones honrosas, poner confianza en autoridades que ante todo buscan y persiguen sus propias conveniencias; ignoran dónde viven los detenidos y condenados por su policía y tribunales; aprovechan los datos que se les dan para asesinar a los propuestos para el canje y violar impunemente el derecho de asilo en Legaciones y Embajadas; rechazan hoy en lo que ayer convinieron y dejan en ridículo la formalidad de un Gobierno tan serio como el inglés?

¿Qué normas religiosas, morales, jurídicas, humanas, aplican Maritain y los suyos en la tutela y defensa de los rojos españoles, quebrantadores de las más elementales leyes de convivencia social, política y humana?

España Nacional, propietaria de una solidísima, muy clara e insuperada tradición de Derecho Internacional y que es Maestra reconocida en cristianizar, colonizar y civilizar razas y continentes, a su debido tiempo y con las garantías precisas e impecables ofrecerá *la paz española*, que tanto lleva de la paz de Cristo, a quienes sean o anhelen ser «hijos de la Paz». Y a los rendidos con sincera y buena voluntad recibirá con el gesto amplio, magnánimo, hidalgo, generoso, caritativo de Spínola en la rendición de Breda y que nos embelesa contemplándolo en el *Cuadro de las lanzas*, pintado por Velázquez.

El empeño de Maritain y los suyos con su tripartito «comité de pacificación social y religiosa de España», tratando a todos los rojos como si hubieran sido en esta guerra asoladora unos píos varones, despierta en la memoria la figura teatral de Earl Brovvder en la tercera sesión del X Congreso nacional comunista, tenido en Nueva York, y que *L'Ossevatore Romano* (2-VII-38) así describe: «Per 45 minuti egli ha offerto la mano ai cattolici per una cooperazione fraterna criticando la personalitá ecclesiastiche che si oppongono al comunismo. Brovvder ha dimostrato la sua ignoranza cuando ha detto che questioni etiche non possono constituire una base di discordia fra cattolici e comunisti, dimenticando le parole del Santo Padre, Pío XI, nella sua Enciclica sul comunismo ateo... aggiungendo che un cattolico possa benissimo diventare un comunista senza perdere i privilegi della Chiesa.»

Fr. ANTONIO CARRION. O. P.

ASCETICA EN LAS LEYES

Brindamos estas líneas, muy especialmente, a los que, en el extranjero, se hayan, quizás, dejado ganar por las calumnias propaladas contra la *austeridad* del Movimiento nacional. El levantamiento armado español, han dicho, tiene por fin el procurar a las clases acomodadas un ambiente de quietud y de sosiego para que puedan disfrutar, sin sobresaltos, de sus riquezas y comodidades.

Para estos propagandistas, el Movimiento español no ha venido si no a fomentar, a asegurar un concepto de la vida más epicúreo y materialista que la propia interpretación marxiana.

Claro que basta abrir los ojos a la realidad para descubrir la torpe hilaza de la calumnia. Porque no se ve cómo esa tendencia positivista pueda ser compatible con una guerra, tejida exclusivamente de heroísmos y de sacrificios. ¡No! Nuestra España Nacional, la España de Franco que, voluntariamente, se ha entregado al martirio de la guerra, no busca, de ninguna manera, una vida fácil, perfumada de goces y de placeres.

Pero tenemos, además, para salir al paso de esas viles campañas, un argumento que pocos pueblos podrán compartir con nuestra España. Es el argumento de algunas disposiciones que ha comenzado a promulgar el Gobierno Nacional.

Nuestro Eminentísimo Cardenal Gomá, Primado de España, en una autorizadísima y cordial llamada a los gobernantes del Estado Español, decíales en su Carta Pastoral: «*La Cuaresma de España*», y se lo repetía en su folleto *La España Heroica*: «¡*Gobernantes! Haced catolicismo a velas desplegadas, si queréis hacer la patria grande.*»

Y he aquí que nuestros gobernantes responden a la llamada del Primado español y *hacen catolicismo*... Pero no sólo un catolicismo teórico y doctrinal, sino un catolicismo práctico y de costumbres. Quiero decir, que, en su política y en su legislación, no sólo se acomodan a las normas doctrinales del catolicismo, sino que tienden a normalizar y a catolizar la vida española, de suerte que toda ella se encaje absolutamente en los más rígidos moldes de la austeridad y de la ascética del Evangelio.

—o—

La primera llamada hacia esta moralización de la vida, conforme a la más pura y austera ascética cristiana, partió, como suele suceder, de nuestro glorioso Caudillo.

«*Para acometer esta tarea*—dijo en su discurso el día aniversario de la unificación de milicias—*que a todos haga dignos del esfuerzo de los caídos, el trabajo, el talento, el sacrificio y la virtud son instrumentos precisos. La grandeza y la unidad de España no se forjaron en la frivolidad y en el regalo.*

»*La vida cómoda, frívola, vacía, de años anteriores, ya no es posible.*»

Claras son las palabras y claro también el pensamiento. El Caudillo español no admite en la vida española la frivolidad. Impone el sacrificio, que es fecundo con la fecundidad del dolor, del sudor y de la sangre. Quiere una España austera y mortificada, cuya silueta recoja la línea inflexible del Evangelio y el rígido sentido de la ascética cristiana. No hablaría de otra manera Isabel la Católica, inspirada por Fray Francisco de Cisneros.

—o—

Al Caudillo, síguele muy de cerca, por sus mismos pasos, el señor Serrano Suñer, Ministro del Interior. Y no ha podido seguirle más de cerca en este camino de la moralización de las costumbres españolas. El 30 del pasado mes de mayo publicaba una disposición que a los espíritus superficiales habrá podido extrañar. Pero es innegable que esa disposición entraña un alto valor social, religioso y gubernativo. Nos referimos a la orden del Ministerio del Interior acerca de los banquetes públicos. Como todas ellas, lo mismo en el preámbulo que en su parte dispositiva, está penetrada del más hondo espíritu moralizador, la copiamos íntegra:

> «*Los anhelos implicados en la Cruzada que España ha emprendido, el dolor de los que sufren en una y otra zona y la previsión de una tarea reconstructora, difícil y costosa, imponen el deber de dar a la vida pública—como reflejo de las costumbres privadas y al mismo tiempo como ejemplo de ellas—un tono de digna templanza, de acuerdo con principios de ascesis religiosa y militar.*
>
> *Para lograr esta finalidad, hay que ir desarraigando viejos hábitos incompatibles con esa norma de conducta, que si siempre han*

sido censurables, lo son en mayor grado en la hora presente.

Entre estas manifestaciones de lo que puede llamarse la frivolidad pública, figuran los banquetes, que cuando rebasan los límites de la comida íntima o no se armonizan con finalidades benéficas —coincidencia con el día del plato único— y no responden a exigencias superiores de orden político interior o exterior, pueden producir efectos desmoralizadores, no ya sólo en los espíritus hipercríticos, sino también en las almas sencillas, al contrastar la apariencia suntuaria de estos actos, con el deber de sacrificio de que se ha hecho referencia.

Todavía quedan autoridades locales y personalidades más o menos notorias que, con propósitos diversos—muchas veces con el de halagar a las jerarquías del Estado y del Movimiento—acuden a estos vituperables procedimientos y organizan gestas de este género, tan poco dignas de recomendación.

Por ello, este Ministerio se ve en la precisión de llamar la atención de las autoridades dependientes de él, especialmente de los gobernadores civiles y alcaldes, acerca de este importante punto de la política de costumbres, esperando que, con su acertada gestión, contribuirán a contrarrestar la inveterada práctica de los banquetes, que tanto desdice del sentido de la vida del momento.

—o—

La lectura de esta orden ahorra, casi del todo, el comentario. No se vea en ella, exclusivamente, la finalidad particular e inmediata de suprimir esos banquetes inútiles e inoportunos. Adviértase, sobre todo, el espíritu que la informa, la significación que tiene. Esta orden, que puede parecer una mera disposición gubernativa, tiene trascendencia de programa, valor de principio y significación de símbolo. Es prueba evidente de una saludable incorporación del espíritu religioso de nuestro pueblo y de nuestra Historia a la obra política del Movimiento nacional. Es una muestra de la labor de un gobierno que, en consonancia con la realidad nacional histórica, gobierna con el fin nobilísimo de lograr que toda la vida española se ajuste a «*principios de ascesis religiosa y militar*».

A. DE CASTRO ALBARRAN
Magistral de Salamanca

PARA DIOS Y POR ESPAÑA

Carmencita Franco Polo es muy devota de la Santísima Virgen en su advocación del Pilar. Forma entre las miles y miles de jóvenes que ante la imagen de la Santísima Virgen día y noche ruegan por la salvación de España y el triunfo de sus Ejércitos. Obra suya es, y casi lograda del todo, que en todos los colegios y escuelas haya imágenes del Pilar. Que hoy no quiere ser rusa, como antaño repudió ser francesa.

* * *

Núñez Martín era un aviador español, que remataba su escudo con fe y obras. Encomendóle el Mando una misión peligrosísima; la aceptó con gusto; se "puso bien con Dios"; antes de subir al aparato besó la mano al capellán y le dijo: "Padre: suerte y hasta otra. ¡Viva Cristo Rey!" Con ese mismo viva en los labios se fué a los cielos cuando regresó herido de muerte.

"El Clero Español y la Guerra"

II

Efectivamente, el problema social está en España mal planteado (acerca de ese equivocado planteamiento venimos hablando y escribiendo —y no sin contradicciones y disgustos— hace ya muchos lustros), como lo está en el mundo entero, y si en ello existe culpa, a los católicos españoles les corresponde la mínima parte, pues no han hecho otra cosa que seguir las directrices y las huellas de las demás naciones, siendo la suprema razón para sostener su tesis contra los que nos permitíamos discutirla e indicar lo erróneo de tal conducta, el que se hacía en otras naciones y que esas eran las corrientes modernas.

En esto sí que creemos había falta: la de independencia y virilidad espiritual, puesto que las corrientes, sean antiguas o modernas, no deben seguirse, sino enderezarse cuando van fuera de sus naturales cauces; y ningún espíritu recio ha de seguir esta o aquella corriente por razón de ser antigua o moderna, sino por ser verdadera y adecuada al caso dentro de las eternas normas de la justicia. Tachar de anticuados a quienes se dirigen por la razón y no por la novedad o modernidad de una doctrina, es una estulticia incomprensible en personas de cultura y carácter.

—o—

El error grave en esta transcendental cuestión, que ha esterilizado por completo o disminuído de extraordinaria manera los frutos de la acción social católica, para nosotros está en que se ha dado, por lo menos en la práctica, importancia desmedida a la parte material y económica y relativamente poca a la espiritual, creyendo que con mejoras materiales, v. gr., aumento de salario, disminución de horas de trabajo, retiros, intervenciones políticas y económicas, etc., el obrero quedaría satisfecho y sería conquistado para el bien, para el orden, para la pacífica y honrada vida ciudadana dentro de la disciplina social, basada sobre los principios de la moral y del derecho aplicados a todas las manifestaciones de la vida privada y colectiva.

Indudablemente esto sería un bien inmenso, pues contribuiría eficazmente al desenvolvimiento de todas las instituciones procedentes de la naturaleza y de las iniciativas privadas dirigidas al desarrollo y perfeccionamiento de la Humanidad, como son la patria, la familia, el Estado, la jerarquía, la propiedad, las organizaciones económicas, culturales, deportivas, religiosas, etcétera, etc., todo lo cual conduce a la paz y prosperidad sociales, de donde resultan beneficios inmensos para todos los conciudadanos, lo mismo ricos que pobres, patronos que obreros, sabios que ignorantes, industriales que agricultores... Pero preciso es reconocer que aquí existe un error básico gravísimo que tantas desventuras ha traído a las naciones y que tantos sacrificios, tantos entusiasmos, tanta abnegación, tanto trabajo, tanto amor y tanto dinero ha esterilizado.

—o—

No; no es en los obreros la causa principal del estado de guerra revolucionaria en que hoy se encuentra la generalidad de ellos, una mera cuestión de estómago; es algo más hondo y más íntimo, como se desprende de que a medida que han crecido los salarios y disminuído las horas de trabajo ha ido creciendo el espíritu revolucionario, que se ha apoderado de todo su sér. Los obreros, como todas las clases sociales, buscan su mejoramiento económico, lo cual es natural, justo y laudable mientras no se acude para ello a medios ilícitos; porque ello es fuerza impulsora del progreso social y estímulo de las virtudes del trabajo, del ahorro y de la vida morigerada y honesta; pero lo que los desasosiega, les acibara la vida, los tiene soliviantados, los ha colocado en pie de guerra contra todo el orden social presente y todos sus mantenedores, sea con la doctrina o con la fuerza, es el falso concepto de la vida que se les ha infiltrado en el alma y se la ha llenado de envidia, de odio, de rencor, de anhelos irrealizables, de aspiraciones absurdas, de ambiciones locas, de deseos irracionales; habiendo contribuuído a la formación de este estado de desesperación las diarias sugerencias demoledoras de las Casas del Pueblo y de la Prensa infecta, donde se les ha alimentado moralmente con el infundio calumnioso, con la mentira descarada, con las adulaciones viles, con errores de doctrinas y escándalos de conducta, y se les ha envenenado con todos los tóxicos sociales, entre los cuales figuran algunos de apariencia inofensiva que los escritores, los profesores y los políticos de derechas han dejado circular y aun han contribuído a ello por no darles importancia.

He aquí algunos: «llamar sólo productores a los obreros manuales»; «decir que la plusvalía la crea el obrero manual»; «que todos tienen derecho a un mínimo de felicidad»; «que existe derecho en el criado a dejar al amo,

cualquiera que sean las circunstancias, y no lo hay, a la inversa, a que el amo pueda cambiar de criado cuando le convenga»..., y otros más explícitos (éstos no los han apoyado los católicos), como «la propiedad es un robo», «el rico engorda con la sangre del pobre y el patrono amasa su fortuna con el sudor del obrero»...

—o—

Dígasenos ahora, si a individuos con esta formación espiritual, mejor dicho, de esta manera envenenados, en que la recta razón se halla completamente anulada por el imperio fatídico del error, de la impostura y de la mentira, el corazón plenamente sometido a los bajos instintos de la parte inferior del hombre y la voluntad enervada por la intoxicación moral y sin fuerzas ni orientación para el bien, subyugada por el fulgor siniestro de halagadoras promesas y arrebatada por el arrollador huracán de todas las malas pasiones que constituyen la bestia humana, que, cuando llega a romper el freno de la razón y de la virtud y se lanza a la lucha, es más temible, más ciega y más brutal que las fieras de la selva... si es posible detenerlos en su desatentada carrera hacia la consecución de lo que les han dicho les pertenece y lograrán, si no se dejan engañar y arrían la bandera que infaliblemente les lleva al triunfo..., con Cajas de Ahorro, pensiones para la vejez, cooperativas de consumo y de producción, aumentos de salario, disminución de jornada, casas baratas, mutualidades, Cajas para el paro, etc., etc. Claro está que ello no significa que todas estas instituciones y otras parecidas no las estimemos buenas y laudables, es más, óptimas y laudabilísimas, sino que hoy son inadecuadas e impotentes para el fin a que se destinan; como sucede con un buen traje de lana, que siendo excelente para abrigarse, de nada sirve para curar la hidrofobia, y, si algún indiscreto se lo quiere vestir al paciente, cuando está en el ataque, nada conseguirá como no sea algún manotazo o algo peor.

—o—

Los dirigentes de la acción social y los escritores católicos españoles, salvo contadas excepciones, han seguido las doctrinas y normas de acción, acertadas o desacertadas, buenas o malas, importadas de fuera, por lo cual resulta una incongruencia atribuir a ellos principalmente los resultados de tales doctrinas y tales normas. Ellos, en nuestro sentir, se han equivocado ciertamente, pero a causa de haber inspirado su acción en lo practicado en el extranjero, por lo cual es manifiesta injusticia el que esos mismos escritores extranjeros causantes de la equivocación les hagan ahora cargar con la responsabilidad que ellos tienen.

Nosotros siempre hemos creído, y en ese sentido nos hemos expresado en todos nuestros libros y folletos, que el problema social, aunque aparece en el terreno económico-político, y ahí se desenvuelven sus ramas y su follaje, lo substancial, las raíces, las tiene en el terreno religioso, por lo cual, si se prescinde de la religión, es absolutamente insoluble, y cuanto más se la aleja de ese campo más difícil es resolverlo. Y así como cuando se tiene infectada la cara de nada sirve lavar, limpiar y desinfectar los pies, aunque esta operación sea loable, o cuando un individuo se abrasa de sed es inútil ofrecerle alimentos secos, porque los rechaza, aunque esté famélico, por excelentes que sean, a causa de resultarle imposible su masticación y deglución, así en el caso presente de nada sirve ofrecer al obrero cosas para él convenientísimas mientras se encuentra abrasado por la sed producida por la intoxicación de que es víctima y esté atormentado por el odio, el rencor, deseos desenfrenados de venganza, destrucción y exterminio de quienes estima inícuos detentadores de los bienes y felicidad que él frenéticamente codicia.

Y este estado de ánimo del obrero es sostenido y alimentado con un celo digno de más noble y humanitaria causa por sus criminales dirigentes, en los cuales creen y esperan, porque los adulan y excitan sus bajas pasiones, y tienen, en cambio, por impostores y enemigos de sus intereses legítimos a quienes les hablan el lenguaje de la verdad. He aquí cómo se expresa en la XIII Asamblea de la Internacional comunista el filandés Kuussinen, uno de los dirigentes del Komintern: «Guerra a los enemigos de la unión soviética; el ejército rojo es nuestro ejército. No tenemos más que una patria para defender. No tenemos más que un enemigo que combatir. La patria de los soviets es nuestra única patria, y el que se levante contra el país de los soviets es nuestro enemigo y lo combatiremos *de frente y por la espalda*. Es necesario acabar con la dominación odiosa de los «explotadores» (así llaman a todo el que no es comunista) y aniquilarlos totalmente.»

Añádase a esto, entre otra infinidad de excitaciones a la lucha contra el orden social presente, la oferta de Stern de «... establecer una democracia de dioses igualmente *soberanos*, sagrados y *bienaventurados*..., y a todos se lo garantizamos»; y el substancioso ideal de Bakunin: Nuestro fin es la destrucción completa, implacable y universal de la sociedad... Es preciso acostumbrarse a la vida de criminales y asesinos, porque son los únicos y verdaderos revolucionarios.» Y Proudhom: «El que me habla de Dios es que quiere robarme la libertad o la bolsa...»

—o—

Estas son las cenagosas y envenenadas fuentes donde beben los obreros, éste el evangelio comunista de donde el proletariado universal toma sus dogmas, sus normas de acción y sus ideas para enjuiciar los problemas de la vida y las personas que de ellos hablan. Con este bagaje en el entendimiento y en el corazón, ¿tiene algo de raro lo que los comunistas han realizado en España y la orientación criminal y selvática del proletariado mundial? ¿Se convencerán los ilusos extranjeros y nacionales de que el mal es más hondo, que no se halla principalmente donde ellos se imaginan, que

no está en el *estómago*, en lo material, sino en el entendimiento y en el corazón, el cual no puede curarse con la aplicación de tópicos más o menos *estomacales*?

Para nosotros la única responsabilidad de las derechas españolas es el haber pretendido (siguiendo normas de escritores, más periodistas que sociólogos, más eruditos que sabios, más políticos que religiosos, más cosmopolitas desvaídos que españoles recios, tomadas de escritores extranjeros de análoga psicología a la suya) curar con democracia y beneficios corporales una enfermedad que tiene su asiento en la inteligencia y sus raíces en el corazón; es el haber fundamentado su actuación más en las superficiales doctrinas democrático-sociales que en los principios inconmovibles de la filosofía cristiana y en las normas eternas, siempre antiguas y siempre nuevas, del Evangelio. Pero no se olvide que los fundamentos de la conducta del marxixsmo en España, pequeña parte de la del marxismo comunista revolucionario mundial, vienen de más lejos, de más arriba y tienen raíces más hondas.

Por eso encontramos sapientísimas las palabras de Pío XI en su Encíclica con que ponemos fin a este artículo. «A esta crisis tan dolorosa de las almas, que, mientras subsista, esterilizará todo esfuerzo de regeneración social, no hay más que un remedio eficaz: *el retorno franco y sincero* a la doctrina del Evangelio y a los preceptos de Aquel que tiene palabras de vida eterna...» Y después de decir que los sociólogos piden el establecimiento del *orden* en la vida económica, orden que él desea y favorecerá, añade: «Nos hablamos aquí del *orden perfecto*, que no se cansa de predicar la Iglesia, y que reclama la recta razón, este orden que coloca a Dios como término primero y supremo de toda actividad creada, y que considera los bienes de este mundo como simples medios, de los cuales es necesario usar en la medida que conduce a este fin.» (Hemos subrayado algunas palabras.) Esto es lo que nosotros llamamos concepción cristiana de la vida, opuesta a la concepción moderna pagana, concepción que tanto tiempo hace venimos proclamando. He aquí la clave de la verdadera solución del problema social.

La guerra de España es un mero episodio material y manifiesto de la guerra espiritual y secreta que se está desarrollando en el mundo.

Examine cada cual la parte de responsabilidad que en ella tiene y no recrimine injustamente a los demás.

P. TEODORO RODRIGUEZ

CONTRASTES

«Decimos que podéis llevar la impresión de nuestro sentir y de nuestro afecto al Generalísimo Franco, nuestro catolicísimo hijo, el Jefe actual de España... Le diréis que el Padre viejo, el Padre de todos, el Vicario de Cristo ruega por todos, por el Generalísimo Franco, y pide por toda España, para que si es posible, sean enjugadas todas las lágrimas y cesen todas sus desventuras y dolores... Llevad al Generalísimo Franco los sentimientos de nuestra Paternidad espiritual, y dadle la seguridad de que, si tuviéseis necesidad de ello, siempre tendréis nuestro apoyo para que podáis trabajar con el mayor fruto por vuestra y nuestra querida España.—Pío XI.» (*Al contestar al Embajador de la España nacional.*)

«Antes de que la guerra que sufrimos fuera reconocida como guerra de independencia, esta augusta institución a que pertenecemos, la masonería española, formuló declaraciones públicas de adhesión al Gobierno de la República, al Frente Popular... Seguíamos, seguimos y seguiremos en adhesión íntima al Gobierno de la República y a los principios que defiende... Nuestros afiliados cumplen ejemplarmente en sus puestos de lucha o de mando o de técnica en proporción tal que no se puden contar excepciones, si no es la inutilidad física total... En nombre de innumerables hombres de buena voluntad que están en nuestras filas.—*El Consejo Supremo del Grado* 33 *para España*» (*La Vanguardia*, 6 *de Julio de* 1938.)

«La masonería simbólica del Gran Oriente español..., dedica un recuerdo a cuantos han caído víctimas del fascismo... Ratifica su posición ya conocida desde que estalló el movimiento faccioso de ayuda y adhesión a los Gobiernos que se han sucedido..., y solicita de sus entidades hermanas, y muy particularmente de la Asociación Masónica Internacional a que pertenece, que sostenga ante quienes corresponda su justa causa, cuya finalidad les afecta en primer grado, por cuanto al apoyarnos, defienden la vida de una de sus potencias masónicas.» (*El Día Gráfico*, 24 de julio de 1938.)

¿Con quién deben formar los católicos respecto de la causa española?
¿Con el Papa o con la Masonería?

De la Vida Espiritual en Madrid de noche y entre Obuses

Salía de visitar a mi buena Mari Tere, enferma en cama. Al pasar por la habitación inmediata, se levantó y me saludó con una atenta inclinación de cabeza, un joven. Era el novio de Pili hermana de Mari Tere.

Y como entre novios no puede haber secretos y Pili tenía confianza en la bondad del suyo, no creyó comprometerse al decirle.

—Ese señor que ha salido es un Canónigo de Salamanca. Nos quiere mucho a todos los hermanos desde pequeñitos.

La indiscreción, si lo fué, fué providencial.

Al regresar a su casa el joven, vió que en la de enfrente había unas señoras llorando a la puerta de casa. No las conocía más que de vista y de saludos, atención de vecindad, pero conmovido al verlas, se acercó y les dijo:

—¿Qué les pasa? ¿Le han llevado detenido a algún familiar? ¿Puedo servirlas en algo?

Le contaron su aflicción. Estaba su padre gravísimo. Días antes, quizá adivinando su enfermedad, les había hecho prometer, quizá jurar, que si llegaba el caso de verle en peligro de muerte, no le dejarían sin los auxilios espirituales. Y era ya de noche, no sabían donde encontrar un sacerdote y el padre se agravaba por momentos.

—Precisamente vengo de casa de unos amigos donde esta misma tarde había un sacerdote. ¿Tienen teléfono?... Aunque es mejor que vaya personalmente.

Sonaba luego mi teléfono con el consabido encargo: una inyección urgente, que yo mismo en persona había de poner, que si no sería peligroso salir a aquellas horas y con obuses.

Se acordó que vendrían a buscarme. Esperaban el coche de un médico de la familia y no llegaba.

Y al fin se decidieron a venirme a buscar a pie. No se podía esperar más. Se habían hecho entretanto las diez de la noche y desde aquella hora no se podía circular por las lóbregas calles de aquel Madrid, sin salvoconducto y sabiendo la *consigna* militar que sustituía al santo y señal tradicional.

Atropellando todos los peligros se lanzaron a la calle una hija del enfermo con un amigo de la casa.

Y llegaron a la mía.

—¿Se atreve usted? El caso es urgentísimo, no sabemos si pasará la noche el enfermo.

Desde luego había que ir, pero había que tramar la historia y estudiar las respuestas a las posibles investigaciones de las rondas de vigilancia.

En esto se presenta inopinadamente en casa, el miliciano dueño de ella. Un buen hombre que denunciado por haber llevado un estandarte en la procesión del Corazón de Jesús de su Parroquia del Pilar, ya en el paredón criminal tras el fatídico paseíto, recibió el indulto a cambio de presentarse a las milicias del vecino cuartel.

Venía a dormir a casa. Había muerto en la Ciudad Universitaria un enlace de su milicia y lo habían llevado a su cuartel. Una iglesia, profanada hasta la cripta e incendiada en gran parte, y luego con cuatro improvisados tabiques de desnudos ladrillos convertida en cuartel. Su calefacción, los altares y los santos.

Fué una solución. El nos acompañaría y con un miliciano iríamos más defendidos.

Urdimos la historia. Íbamos a llevar a aquella señora a que viera a su hermano de cuerpo presente en el cuartel: no se podía esperar a la mañana, porque se llevarían el cadáver muy temprano.

Y por añadidura, nuestro miliciano se decidió a pedir por teléfono la consigna de la noche a su cuartel, y lo que es más de extrañar, se la dieron. Por cierto que no era de las furibundas y sangrientas de otros días, ni menos de las blasfemias que algunos días daban y que para nosotros hubiera sido una dificultad insuperable. ¿Quién iba a blasfemar? La que nos tocó, era

—«En la retaguardia?

—Solamente las armas del trabajo».

Salimos los cuatro en comitiva. A los pocos pasos nos echa el alto un coche de la C. N. T.; respondimos primero la consigna, les colocamos nuestra historia. Pero no se daban por conformes y la quisieron comprobar.

—¡Al cuartel!

Nos embucharon como fué posible en el auto. Yo iba en el estribo agarrado a una rueda de recambio y mal sujeta. Y además corrían velozmente, y al dar una vuelta casi me atropellaron contra un farol.

Llegamos al cuartel. Bajó del coche un anarquista, preguntó al vigía, se asomó un poco y entre blasfemias y palabras indecorosas volvió gritando:

—¡Un fiambre! Anda y que...

Nos hicieron bajar del coche y allí mismo nos dejaron.

Vuelta atrás, y sin más incidentes llegamos cerca de las doce de la noche a casa del enfermo.

El caso era urgente. Se iba por instantes. Quizá los últimos momentos que tuvo de lucidez fueron los que aproveché para confesarle; y sin esperar a que entrara la familia, por no perder un segundo de aquel tiempo precioso, le administré el Santo Viático, que recibió el anciano con evidente devoción y señales muy claras de que sabía lo que estaba haciendo.

Cuando salí de la habitación, me preguntaron sus familiares, cuándo le traería la Comunión. Y supieron maravillados que ya se la había dado y que, les había privado del consuelo de asistir a la emocionante ceremonia, por temor de perder los momentos que el Señor milagrosamente nos concedía.

Y así fué. El enfermo no volvió a reaccionar, y cuando a la mañana siguiente pude darle la Extrema Unción, ya estaba en estado comatoso.

Fué un prodigio lo complejo y numeroso de las circunstancias que se hubieron de dar, para que yo, desconocido hasta entonces de ellos, pudiera llegar a cumplir los santos deseos del buen católico, que no quería morir sin auxilios espirituales.

La vuelta a casa, sin cenar aún, corrida la media noche y con el miliciano, aun tuvo sus alarmas; y dos veces nos tuvimos que echar a tierra, quizá un poco excesivamente asustados por el estallido de los obuses que caían cerca...

JOSE ARTERO

Justicia en la España de Franco

Una radio roja ha dado la noticia de unas ejecuciones habidas en La Guardia (Pontevedra) en términos inspirados en la idea típica de la propaganda ateocomunista: la Iglesia (aquí los Jesuítas), aliada a un fascismo sanguinario y monstruoso. En el Colegio de los Jesuítas se ha fusilado a 31 infelices, con el ensañamiento previo de haberles abierto la zanja antes de que fuesen siquiera juzgados." Así (la substancia de) la tal emisión. La imagen del jesuíta encubridor de los verdugos de la clase obrera ha saltado de las páginas del "Mundo Obrero" al micrófono de la radio.

La realidad es otra.

En la parte antiguamente destinada a los alumnos en el Colegio del Pasaje (La Guardia-Pontevedra) fueron alojados a fines de octubre prisioneros asturianos, para ser clasificados primero y luego juzgados. Durante los siete meses de concienzuda labor que duró la primera operación, varios Padres de los que habitaban en las habitaciones separadas del resto del edificio, les iban a visitar varias veces por semana. A fuerza de muchas charlas, conferencias, sermón semanal en la misa de los días festivos y dos misiones —en las que confesaron varios cientos—, la suspicacia primera al hallarse cara a cara con el cura, "amigo de burgueses y encubridor de los crímenes del capitalismo", vino a perder mucho de su recelo, y en no pocos se transformó en confianza y hasta en cariño, y en todos en respeto, tanto que, a pesar de andar los Padres por todo el campo de concentración sin la más mínima protección —como es natural—, no han tenido que oír una palabra de insulto, y sí han recibido, en cambio, muchas muestras de agradecimiento a su interés, en especial los enfermos, aun los contagiosos, visitados y atendidos más frecuentemente, han sido los que, naturalmente, mostraban más cariño.

Cuando, después de siete meses, comenzaron los Consejos de guerra para una parte de los detenidos, la mayoría de las visitas fueron para los ya juzgados, separados de los demás; junto a ellos se ponía el altar para que pudieran oír los sermones, y sus primeras amarguras tras la condena las desahogaron, no pocas veces, con los Padres, porque: "Ustedes no entienden" —decían.

La tarde (1 julio) anterior a la ejecución, al anochecer, entraron en una habitación aparte, y horas antes de amanecer les comunicaron que las sentencias iban a ser cumplidas. "Si alguno quiere reconciliarse con Dios —se les dijo—, aquí están "los Padres" a su disposición." "Yo quiero." "Y yo." "Y yo." Y fueron pasando a confesarse a otra habitación (el sesenta por ciento quiso hacerlo) quien sereno, quien entre sollozos. Hubo quien pidió de beber, pero al traerle el agua ya no quiso probarla, "para poder recibir al Señor", dijo. A otro fué preciso hacerle suave violencia para arrancarle el Crucifijo, que besaba ardientemente, y dárselo a otro. Al llegar ya al cementerio, llamó otro al Padre. "¿Qué quieres?" "Besar otra vez el Crucifijo." Al salir para tomar los coches, uno se volvió a los Padres, y medio abrazándoles con sus manos esposadas, les dijo, emocionado: "Que Dios les dé vida larga y feliz." Y ya desde el camión un grupo repitió las mismas frases al comandante y al sargento de campo, porque "nos han tratado como hermanos". Otro, finalmente, abrazó al subteniente de la Guardia civil. A los Padres fueron muchos, casi todos los que se confesaron, los que lo hicieron, y más los que les encomendaron enviar a sus familiares sus últimos recuerdos: fotos, cartas, carteras, entre frases de confianza y cariño emocionantes. En los mismos coches que los prisioneros marcharon al cementerio, exhortándolesa morir cristianamente, y no los abandonaron hasta darles la última absolución al sonar ya la voz de fuego, y, ya caídos, fueron ungiendo las frentes ensangrentadas con la Santa Unción. Después bendijeron la sepultura. Esta había sido abierta días antes, "después de haber sido condenados por el Consejo de guerra —aunque antes de que las sentencias fuesen confirmadas, pues era natural que se supusiese que no todos serían indultados. Y, desde luego, no fué abierta la fosa por los prisioneros, sino por obreros debidamente pagados.

Una botellita con las señas de cada uno fué enterrada junto con cada cual, para que en su día puedan ser reconocidos los restos por sus familiares.

El Saneamiento de la Cultura Española

El saneamiento de la España Nacional debe empezar por la escuela y culminar en la Universidad. La Universidad fué la fortaleza desde donde la revolución, amparada y disimulada por la Institución Libre de Enseñanza, esencialmente atea, se propuso la conquista de la juventud estudiosa; y en la Universidad enseñaban a sueldo del Estado revolucionarios rabiosos como Jiménez Asúa, Fernando de los Ríos y Negrín; o revolucionarios envueltos en capa científica, como Ortega Gasset y Marañón; los primeros, aún boyantes en el Frente Popular; los segundos, desengañados, asqueados de una República *agria* y *triste*, que dijo Ortega Gasset; de una República de «fango, sangre y lágrimas», según la calificó quien sigue del brazo con ella, sin asco a mancharse: Martínez Barrios.

En la Universidad se oyeron los gritos más estridentes contra el Estado, y en su fachada ondeó la bandera roja siempre que había alboroto, que era cada semana: el fuero universitario absurdo, la autoridad de los catedráticos y la cobardía del Gobierno servía para tolerar los desmanes.

Y la revolución se puso de moda; se oía a las muchachas de la buena sociedad madrileña decir ingenuamente: «Nosotras, las comunistas...»

—o—

El Movimiento Nacional surgió «para edificar un Estado grande, que ha de tener por gallardo remate la Cruz, símbolo de nuestra Religión y de nuestra fe» (general Mola); «para oponer a la persecución enconada de los marxistas a cuanto representa una espiritualidad, un culto, el sentimiento de una España católica» (Franco), debe arrancar de cuajo esa semilla envenenada. Así lo hizo; o más exactamente, así lo va haciendo.

A la Universidad, cerrada por la guerra, le llegará su turno. «No hará falta Universidad Católica, porque todas nuestras Universidades serán católicas, y en ellas habrá una enseñanza superior religiosa», dijo el General Franco al corresponsal del «N. C. W. S. A ello tiende la eliminación de catedráticos, a los que se pruebe haber abusado de la cátedra para diseminar doctrinas revolucionarias o anticatólicas.

En la Segunda Enseñanza y en las Escuelas Normales, el remedio está en pleno vigor; la eliminación de profesores es más intensa que en las Universidades; de los entrados en el escalafón de contrabando, por *cursillos*, a cuyo final más se atendía a la idea política-irreligiosa que al saber, han quedado casi todos fuera, por suprimirse la multitud de Institutos creados sin otra necesidad que la de *enchufar* (es palabra ya técnica en el *argot* administrativo de la República) amigos incondicionales del régimen y para apoyar a éste sobre intereses creados. Se ha ordenado, asimismo, purificar las bibliotecas, retirando de ellas «las obras cuyo contenido no responda al sano concepto de la Religión y moral cristiana»; se ha vedado la coeducación, organizándose Institutos femeninos, para cuyas cátedras serán preferidas profesoras. Un decreto del 9 de diciembre de 1936 declaró obligatoria la enseñanza de la Religión y de la Historia Sagrada en las Normales e Institutos de Segunda Enseñanza (equivalentes a los Liceos de otras partes). La obligación se restringe a los tres primeros años; en los siguientes habráse de completar esta enseñanza en la forma de Círculos de estudios por sacerdotees señalados por el señor Obispo.

Mas advirtieron los de la Junta Técnica de Cultura que la disposición anterior, en medio de su excelente orientación, dejaba un portillo a la negligencia o desestima, como si la enseñanza religiosa sólo fuese para alumnos aún no en contacto con la ciencia. Y no es así, no debe ser así, en los planes de restauración católica total. El propio General Franco lo declaró en sus manifestaciones arriba citadas al corresponsal del «N. C. W. S.»: «Como si la enseñanza moral-religiosa —dijo—, que es la mayor necesidad cultural del hombre, fuera cosa sólo de niños, se da solamente en las escuelas elementales y, a lo más, en el Bachillerato. Así muchos llegan de mayores a la conclusión de que esas enseñanzas son así como cuentos de hadas, propios de imaginaciones infantiles... En las grandes Universidades de las principales naciones hay estudios de Teología, de Religión, de Historia Religiosa. Nosotros los tendremos también... Todo eso, con la Historia del catolicismo español, es cultura religiosa superior, que no debe faltar en las generaciones de la Nueva España.»

Para que la preparación de esa cultura sea lo que deba ser, para que los jóvenes en el Bachillerato adquieran la base sobre que alzar el edificio Teológico, tan genuinamente tradicional y glorioso en España, toda merma de preparación escolar es dañosa, y, en consecuencia, un decreto de 9 de

octubre de 1937 quitó las cortapisas del anterior y declaró la asignatura de Religión obligatoria en todos los cursos del Bachillerato, distribuyéndola en la siguiente forma: En el primer año de su estudio se ampliará la enseñanza de la Religión Católica recibida en las escuelas primarias; en el segundo, la Historia de la Iglesia y la Liturgia; en el tercero se expondrá ampliamente el Dogma Católico; en el cuarto, la Moral, y en el último, la Vida Sobrenatural y Nociones de Apologética.

Por ese camino andará próspera la Religión en España. Religión práctica, Religión ilustrada.

Decía el Mninistro de Educación el 29 de junio pasado, al cerrar unos Cursillos del Magisterio, que la pedagogía revolucionaria, la que veníamos padeciendo hace muchos años, al atacar la Religión, destrozaba y entenebrecía la idea de la Patria: «El Catolicismo es, además de la religión de la inmensa mayoría de los españoles, la única posibilidad de tener una clave para entender la historia de nuestra civilización y de nuestro pueblo... Por eso es un deber del nuevo Estado impedir—ya lo está impidiendo—que se conserve una brizna de posibilidad de que el laicismo vuelva a tener beligerancia.»

C. BAYLE. S. J.

"Que Dios conceda una victoria rápida y definitiva a quienes son a la vez soldados de Cristo y de la civilización cristiana." (Cardenal Bandrillart.)

* * *

"Los Obispos españoles han protestado como hombres, como ciudadanos y como cristianos contra una propaganda mundial, destinada a ayudar y reforzar a los que destruyen su vida social, religiosa y nacional. La causa que defienden no es tan sólo la causa de los católicos, sino de todos los hombres que creen en la paz social e internacional, y en la ley moral. Lo menos que podemos hacer es otorgarles una respetuosa atención y no someterlos a nuevos abusos." (Manifiesto de los intelectuales —175— de los Estados Unidos en favor de la Carta Colectiva de los Obispos españoles.)

* * *

"El Times" publicó el testimonio de los ingleses que visitaron Moscú tres meses antes del Movimiento nacional, y oyeron decir allí con toda franqueza: "España es ya nuestra." Era un cálculo bien fundado; así había de suceder sin falta. Salió fallido por el heroísmo de los españoles, que se lo jugaron el todo por el todo. Y porque salieron adelante y escaparon de la fatalidad decretada contra ellos por los inventores de la revolución mundial, los pastores de los Estados Unidos les dicen calmosamente que no exageren." (The Tablet, Londres, 16 octubre 1937.)

Apologista de España Nacional

Nunca como hoy pude decir que voy a luchar por mi Dios y por mi Patria. Con estas palabras recibió la bandera, acabada de bendecir, el jefe de la Legión Gallega y comandante de Estado Mayor, D. Juan Barja de Quiroga.

Fué guerrero político y virtuoso, como San Fernando; hombre de leyes y letras, como Alfonso el Sabio, y como Fernando e Isabel, «padre de los pobres», defendiéndolos con su toga de abogado, y, dándoles el pan de la inteligencia y el pan de cada día, les inmunizó contra el virus de los sin Dios y sin Patria.

Diplomado de Estado Mayor; católico de los que ante los hombres confiesan a Cristo, le repelían y asqueaban las miserias de la sectaria republiquita española. Por no mancillar el uniforme, ni tender velos sobre sus creencias y prácticas religiosas, salió del Ejército y se dió de lleno a pegar en los otros el fuego que le abrasaba el alma: la devoción a Cristo crucificado y eucarístico, María del Pilar, Santiago y España.

Militante activo y experto de Acción Católica y Acción Popular, vivió el lema: «Una manu suum faciebat opus et altera tenebat gladium». Sabía los propósitos salvadores del redentor Movimiento Nacional, y, con sus dirigentes identificado, colgó en la Coruña la toga, y desafiando asechanzas, sorteando peligros y desentendiéndose de persecuciones, peregrinó por tierras gallegas predicando la Cruzada nacional y a centenares de mozos metió en el pecho el deseo de ver purificada, engrandecida y reverenciada España, porque la conocía bien y mucho la amaba.

Creía con ahinco que en la presente contienda exterminadora de los valores sustantivos raciales el vínculo más fuerte, el principal, el único, es la fe católica, que da vida y consistencia a la resolución firmísima de sacudir el yugo que trataban de imponernos los enemigos de la Cruz de Cristo, y que, por juro de sangre y de heredad, son también enemigos de España tradicional. Confiaba Barja que Dios misericordioso insuflaría en los pechos de los soldados nacionales un mismo espíritu de independencia e idéntica y tesonuda confianza de jamás perderla. Este es el rayo luminoso del rostro divino que reverbera en nuestro pueblo, hecho a la medida del corazón divino, a imagen de Dios, le vivifica y alienta e inspira el ansia de luchar y la soberana e inmoble esperanza en la victoria definitiva, duradera, permanente.

Veía con limpieza el objetivo nacional, poseía voluntad recia con que tender a conseguirlo y reafirmó sus propósitos en comuniones frecuentes y en largas oraciones ante el sepulcro del Apóstol. Así equipado y fortalecido, socorría a los demás con arengas dinámicas y les arrastraba con su ejemplo, que era más certero y determinante que sus palabras encendidas y avasalladoras. Se percató que estábamos en días de prueba definitiva y que de ella saldríamos con honra y provecho, felicidad y gloria, si demostrábamos fe en Dios, confianza en María, seguridad en el Caudillo, energía en el frente y virilidad católica en la retaguardia. De nuestra gloriosísima Historia tomó la fe viva, que nos salva en esta vida y en la otra; la honra que da el ser fieles y dignos; la gloria cuyo señuelo nos lleva a luchar y morir por la Patria.

Dios le permitió transmitir a sus paisanos lo que sabía de España, el amor que la tenía y las ganas de servirla que le inquitaban. Alzó bandera y en ella se alistaron los ejemplares soldados de la Legión Gallega, que lidió con fortuna en Irún y San Sebastián, conquistó Guipúzcoa, domeñó a Vizcaya, aniquiló la brigadas internacionales en Brunete, redimió a Santander, desinfló en Asturias el empavorecedor mito del minero asturiano y en el frente aragonés sofrenó la ofensiva roja mejor preparada y dirigida.

—Barja: con esta Legión irá usted lejos —exclamó, viéndola desfilar en Burgos, el general Mola, encendidos en lumbres de admiración los ojos y en la voz vibrantes las ternuras de su alma de soldado español.

Por el subido arte que le prestó su amor a Dios y a España, fundió Barja los alientos de las Ordenes militares de Santiago, Alcántara, Montesa y Calatrava, y el espíritu resultante lo metió en el pecho de sus legionarios, monjes orando, leones luchando y solazándose corderillos triscadores. Por todas estas cualidades la Legión Gallega se hizo famosa en el Ejército de Franco, cuyos soldados llevan la guerra con serenidad, gallardía, valor viril, conciencia religiosa y espíritu de cruzada, no con el ímpetu mecánico e instinto animal, que los judíos Remarque, Barbusse y Elías Eremberg describen con trazos apropiados a razas sin Patria y casi sin Dios.

A nadie obligaba Barja a los actos de piedad. Mas ¿qué iban a hacer los soldados contemplándole en las manifestaciones de su vida sobrenatu-

ral?... Al sonar el toque de diana se ponía en pie y en voz alta daba gracias a Dios por el favor del nuevo día y le ofrecía las obras. Si no apretaban mucho las urgencias del pelear, se decía misa, a la que nunca faltaba el jefe, rodeado de sus soldados. A los ojos del capellán salían la admiración y el contento viendo a tantos soldados de España comulgar a diario. Lentamente por los valles va cayendo la noche y las cornetas expanden «llamada y tropa»; Barja se pone al lado del capellán y le relumbraban los ojillos paternales contemplando el fervor de sus soldados rezando el Santísimo Rosario.

Así vivían en campaña los soldados de Barja de Quiroga, hermanos gemelos de los invictos Tercios de la Valerosa, que en todo el Orbe lidiaron por Cristo, por María y por España. Sobre el ejército con vida espiritual como la que profesaba la Legión Gallega, se derrama la gracia de morir por amor a Cristo, testimoniando la fe y alegando que católicos, apostólicos romanos son el pensar, vivir y obrar de la Nación que levantan y perfilan.

El 31 de diciembre de 1937 se acercó el comandante Barja con sus tropas a una casa de los arrabales en Teruel y de la que salían vivas a España; la traición y felonía de un menguado jefe le acechaba, y... cinco balas de mauser se clavaron en el cuerpo de Barja, que cayó en tierra diciendo: «¡Viva España Católica! ¡Viva Cristo Rey!».

Vió llegar la muerte sin estremecimientos de pavor. Con el fervor acostumbrado, un poquillo más encendido, confesó, comulgó y recibió la Santa Unción. Como conservaba claro el conocimiento, gastó las seis horas de agonía en oraciones, jaculatorias y acción de gracias. Preguntado si tenía algún encargo que hacer, respondió: «Todo está hecho. Dejadme, que en estos momentos sólo en Dios pienso.»

Sintiendo al alma romper las postreras ligaduras con el cuerpo, exclamó: «Señor: en tus manos encomiendo mi espíritu.» Fijos los ojos en el Crucifijo, en las manos el rosario y las medallas de la Virgen y de Santiago, el alma endiosada de Juan Barja de Quiroga marchó a llevar al general Mola el parte del servicio cumplido.

Cuando D. Manuel Barja intuyó en las medias palabras de D. Leoncio Barros, presbítero, la desgracia, le interrumpió: «Viene usted a anunciarme la muerte de mi hijo Juan, ¿verdad? ¡Alabado sea Dios! Tuve tres hijos varones y ya han muerto santamente. Dios los ha llevado para Sí. ¡Bendito sea! A mí me deja en este mundo para que purgue mis pecados. Recemos un Te Deum en acción de gracias... Ahora recemos una Salve a la Santísima Virgen... Recemos un responso por el alma de Juan.»

¡Bienhaya quien a los suyos se parece! El hijo bueno es la corona con que Dios glorifica las canas de los padres católicos, que crían hijos para el cielo y para la Patria.

PARA DIOS Y POR ESPAÑA ha vivido, luchado y muerto el cruzado español Juan Barja de Quiroga, de inteligencia clara, noble corazón, alma endiosada, pecho apostólico; pundonoroso, esforzado, valiente, nada soberbio, sin altanerías, humilde, animado por ideas, deseos y obras generosas hasta la magnanimidad: soldado y católico como Cristo y España quieren.

No quiso ascensos ni recompensas; varias veces renunció a las que tan merecidas y ganadas tenía y con insistencia se le querían dar. Frase suya era que al terminar la campaña reanudaría sus actividades en el campo social y religioso propagando la Acción Católica.

Quienes sucumben en esta guerra, que es Cruzada, mueren con gloria, que les sobrevive, con heroísmo, que jamás se olvida. Son héroes, con nimbos de martirio, y el amor a los héroes difícilmente se apaga en el alma española, que los contempla con santa y adorable envidia y su recuerdo mima con noble orgullo y legítima arrogancia.

Fr. ANTONIO CARRION, O. P.

Libro interesantísimo para los amantes de España

Lo es el que acaba de imprimirse con el título

El Mundo Católico y la Carta Colectiva del Episcopado Español

en el cual se recoge el magnífico y jamás visto testimonio de la Jerarquía Eclesiástica Universal sobre la nobleza de nuestra Causa y sublimidad de nuestros mártires. Es la obra básica para cuantos quieran estudiar y sentir el espíritu de la Cruzada Española.

Los pedidos pueden hacerse a este Centro de Información Católica — Precio: 7 Pesetas

Lo que siente de la España Nacional el Excmo. Encargado de Negocios de la Santa Sede

Poco antes de salir de España Mgr. Antoniutti, declaró a un corresponsal de la Agencia Faro su sentir sobre el nuevo Estado: fruto de su experiencia y de su fina observación en las alturas del Gobierno y en el contacto con el pueblo. Verá el lector que hay en las palabras del ilustre diplomático eclesiástico algo más que meras fórmulas. El testimonio contrapesa las falsedades propaladas por *ciertos católicos* en el extranjero.

«Impresión gratísima y dulcísima la que me llevo de vuestra Patria. Doy gracias a Dios por haber tenido la dicha de vivir en España en este momento tan solemne de su historia, y de pasar un año entre ese noble y buen pueblo español, tomando parte en sus dolores, angustias, en sus esperanzas y en sus cristianos triunfos.

Llevo conmigo la sonrisa y la dulce emoción de cuatro mil niños que he podido reintegrar a sus hogares, superando dificultades, que tan sólo en el futuro se podrán comprender...

He visitado todas las regiones liberadas: Guipúzcoa, Vizcaya, Santander, Asturias, Aragón y los jirones de Cataluña y de Valencia, recientemente arrancados de las manos de los rojos; el Alcázar de Toledo, Teruel, Belchite, monumentos de heroísmo que me han impresionado vivamente. Amargas lágrimas que me han arrancado la visión de las iglesias devastadas y de los santuarios profanados. En la de Barbastro (una de las impresiones más tristes de mi visita a tierras aragonesas), busqué en vano la tumba del arzobispo allí martirizado. Impresión compensada allí mismo por el inefable consuelo de besar un trozo de madera en que treinta y tantas religiosas, Hijas del Corazón de María, habían escrito palabras de perdón antes de ir al martirio...

Otra impresión horrible que recordaré mientras viva, fué la de la visión de los restos mortales de las pobres monjas de Belchite, desparramados y profanados en el patio del convento destruído. Temblábame el corazón cuando los bendije, sembrados los ojos de lágrimas...

Pero intensísima emoción, que inunda mi alma de consuelo y alegría, venía luego a velar piadosamente aquella lúgubre visión. La Santa Misa en los altares improvisados, que la piedad de los fieles erigió al entrar las tropas nacionales. El indescriptible entusiasmo de las poblaciones liberadas, donde se eleva ahora la Cruz en signo de redención y alegría, y la profunda religiosidad de las gentes y su acendrado afecto al sacerdote. Me conmueve todavía el recuerdo del entusiasmo con que era recibido en poblaciones de Castellón, acabado de liberar, a los que sorprendí con mis visitas y en donde los «hombres»—monseñor Antoniutti ha subrayado la palabra—besaban llorando mi anillo y hasta mis hábitos... He dejado dispuesto que se erija un gran Santo Cristo (el Cristo de la Paz) en Belchite, la bella mártir, y otro en Vinaroz, liberado el día de Viernes Santo...

En mi misión de caridad y amor he procurado interpretar los sentimientos paternales de Su Santidad, que sigue con sentimiento de padre amoroso los sufrimientos de España, interesándose singularmente por los sacerdotes perseguidos, a quienes he favorecido con largueza en su nombre, al tiempo que en su nombre también, ofrecía grande acopio para el culto a las diócesis devastadas.

Salgo de España con una grande admiración por el Jefe del Estado, y pienso que la nación, dirigida por este hombre providencial (Generalísimo de un Ejército de héroes, quienes justamente son llamados «Milicias de Cristo», porque quieren restablecer el reino de Cristo en España, volverá a conseguir su grandeza y su esplendor tradicionales.

Me ha admirado también grandemente el venerable Episcopado y el clero español, que han escrito una de las páginas más gloriosas de la Historia de la Iglesia.»

Capellanes en el frente

La Legión Extranjera

Los "Legionarios" los del Tercio Extranjero, fundación gloriosa del hoy general Millán Astray, tienen fama debida principalmente a la propaganda roja, de soldados desgarrados, émulos de la soldadesca antigua que entraba a saco las ciudades. Son, y los han sido siempre, casi todos españoles. Cuando vinieron a España desde Marruecos, al principio del Movimiento, entraron de capellanes en las "banderas" que venían y en las que se fueron formando, algunos Padres jesuítas, que se hacen lenguas de la caballerosidad y fondo cristiano envuelto en la bronca corteza de los "Novios de la Muerte".

A modo de muestra, publicamos la siguiente carta de un Capellán.

Incorporado de Capellán a esta Bandera el 7 de febrero de 1937, salimos de Talavera el día 17 del mismo, y el 18 por la tarde relevamos a la sexta Bandera y un Tábor (casi deshecho por los furiosos ataques de las Brigadas Internacionales). En los últimos diez días de mes, de ataques casi continuos, tuvimos más de 200 bajas, de las cuales unos 40 muertos. Fueron los ataques del Pingarrón.

A mí me hirieron el día 20 al mediodía, al arrodillarme entre dos moribundos que no se podían evacuar hasta la noche, y juntar las manos para dar la absolución al más grave. Nos siguieron tirando, y al que parecía menos grave lo remataron, salvándome yo providencialmente, con la pechera de la cazadora y el jersey deshecho de una bala explosiva.

Cuando las heridas empezaron a curar, me volví a la Bandera (1 de marzo), empeorando un poco a los 15 días por el esfuerzo de enterrar a los extranjeros que yacían aún junto a la trinchera, después de un ataque frustrado.

Los días festivos celebro dos o tres Misas en la misma trinchera, con una providencia especialísima del Señor. En todas las Misas hablo unos siete minutos o poco más; y más de una vez, a pesar de no alzar apenas la voz, me han oído los rojos, respondiendo con sus disparos, que echaban la tierra encima.

En tiempo de Cuaresma, como no había esperanza de próximo relevo, para poder tener preparación con todos reunidos, comencé a tener Misas de Comunión en las diversas avanzadillas, cumpliendo con el precepto, a pesar de mil dificultades, un 80 por 100.

Con especial aceptación y gusto de los legionarios, les repartía medallas, estampas y «Detentes», y en todas las chavolas, puestos de centinela y aun en los troncos de los olivos más batidos, aparecía la imagen del Sagrado Corazón o de Nuestra Señora.

Entre los que cumplieron con el precepto y los que asistí, al ser heridos, puedo calcular las siguientes cifras aproximadas:

Confesiones, 700; Comuniones, 450; Extrema Unción, 250; matrimonios en cuyo arreglo ha intervenido, 35; pláticas doctrinales, homilías, etc., unas 200.

Ultimamente he conseguido introducir el rezo del Santo Rosario en la trinchera, en grupos a veces de más de 40, rezándolo con frecuencia dos o tres veces en un día. La correspondencia con las familias de los muertos o heridos me ocupa bastantes ratos cada día. Entre cartas y telegramas se acercan a 500, además de los giros, encargos, etc.

Cada día procuro visitar toda la posición, o por lo menos la mitad, con lo que consigo familiarizarme con todos, que se franquean conmigo con toda confianza.

Aquí hemos tenido nuestro Monumento hecho por los legionarios bajo la dirección del Capitán médico: no pude tomar parte porque fuí a ayudar al Padre Nevares el Miércoles Santo. Resultó todo muy bien: estuvieron velando los legionarios, todo el día y toda la noche: ellos se organizaron sus turnos de vela, y había uno encargado de desper-

tar a los que tenían la vela durante la noche. Hubo algunos santamente rebeldes, y se quedaron velando más tiempo, por parecerles corto el que se les había asignado.

Día misional.—Estábamos por entonces en el famoso Hospital Clínico. Ya en la Misa de la Virgen del Pilar, a la que asistió toda la oficialidad de la Bandera y del Tábor inmediato, preparé el terreno para la idea misional, como extensión del Reino de Cristo. El Domingo de las Misiones hablé en las tres Misas sobre el Imperio de Cristo, los Misioneros como Legionarios de Cristo Rey, que luchan en vanguardia para dilatar sus conquistas, como nosotros luchamos aquí para asegurar su dominio en España. Les hice un paralelo entre las privaciones del misionero y las molestias y peligros del legionario, y ponderé el valor que tendría ante Nuestro Señor la colaboración que prestasen en medio de los peligros y molestias de aquella posición tan difícil: *oración* universalista, católica, por el Reino de Cristo, *limosna* voluntaria, fruto de alguna privación, que realzaría su valor sobre las cantidades que darían algunos en retaguardia... Vi brillar muchos ojos, y algunos llenos de emoción, al hacerles ver el valor de su oblación por el Imperio de Cristo... En la fiesta de Cristo Rey insistí sobre las mismas ideas, pues muchos habían cobrado después del otro domingo, citando algunos ejemplos de limosnas recogidas... El resultado fué la colecta de mil pesetas, la mayoría recaudada entre los simples legionarios, enviadas al Secretario General de Pamplona. En «El Siglo de las Misiones» y algunos periódicos citaron este ejemplo.

Me pregunta usted por el porcentaje de los que se confiesan al ser heridos... Las prisas de evacuar enseguida los heridos graves, dificulta el que pueda tratar a solas con ellos, teniendo que aprovechar el tiempo de curarlos para insinuarme y preguntar lo indispensable, a lo que ninguno se me ha resistido, gracias al Sagrado Corazón. En esta posición, a la que llega muy cerca la ambulancia, he ido con el herido en varias ocasiones hasta Aravaca, aprovechando esos minutos de ir solo con él para conseguir de él conscientemente lo que por las prisas y aglomeración no había podido. Claro que esto sólo aquí lo he podido hacer, aunque con la molestia natural de volver a pie unos dos kilómetros, los días que no había sino uno o dos heridos que atender. Por lo que he sabido de los que vuelven del Hospital, resulta providencial la herida o enfermedad de los que van del frente, pues apenas hay uno que vuelva sin haber recibido los sacramentos. Es éste uno de los bienes que el Señor sabe sacar de los males de la guerra.

Pida al Sagrado Corazón por mí y mis legionarios. If. h. en Cto..

JOSE CABALLERO, S. J.

Madres Españolas

A manos del general Franco ha llegado la siguiente carta, firmada por Maria Hidalgo Ruiz, residente en la Argentina.

No necesita comentarios.

"Soy la madre de Luis Ramírez Hidalgo, soldado de la Legión. Mi hijo, de dieciocho años, salió para España a defender la santa bandera de nuestra Patria. Murió en el día del socorro heroico a Teruel. Otro hijo me queda, de diecisiete años, llamado Fernando, y sale en el barco hacia España para ocupar en la Legión, si es posible, el puesto que con honor cubrió su hermano. Le he dado un beso para que lo ponga en la tierra santa que cubre el cuerpo de aquel hijo querido, y si no da con el lugar, que bese las piedras de Teruel. Si ha de morir también, que Dios sea loado. Sola en el mundo me quedaré, pero con orgullo de haber dado lo mejor que tenía para mi España."

La carta tiene esta posdata: "Mi hijo hará entrega en el Cuartel General de Su Excelencia de un cheque de 32.000 pesos argentinos, producto de una finca que vendí en honor de mi hijo Luis. Me queda otra finca de parecido valor; si muere mi hijo Fernando, la venderé también, y yo misma iré a llevar su importe a Su Excelencia y a ingresar después en un convento de mi querida España."

IMP. F. E. T.—BURGOS.

IMPRENTA
DE
F. E. T.
BURGOS